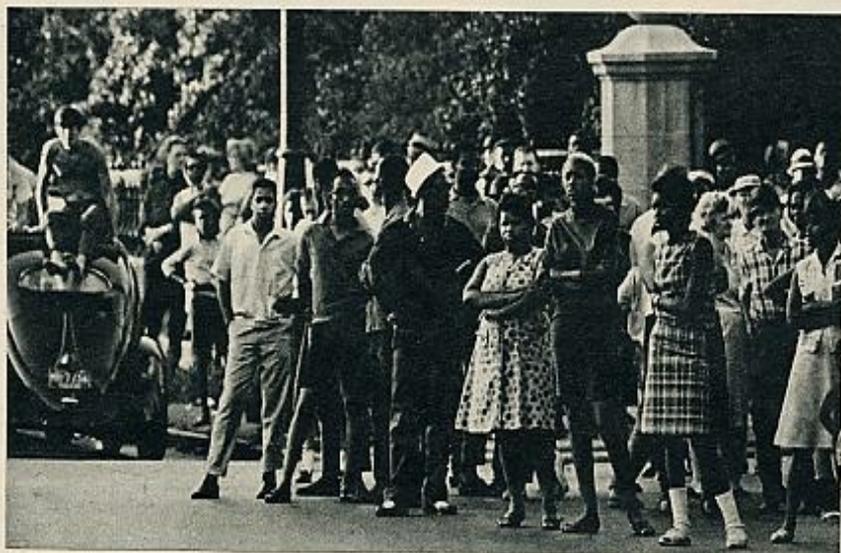
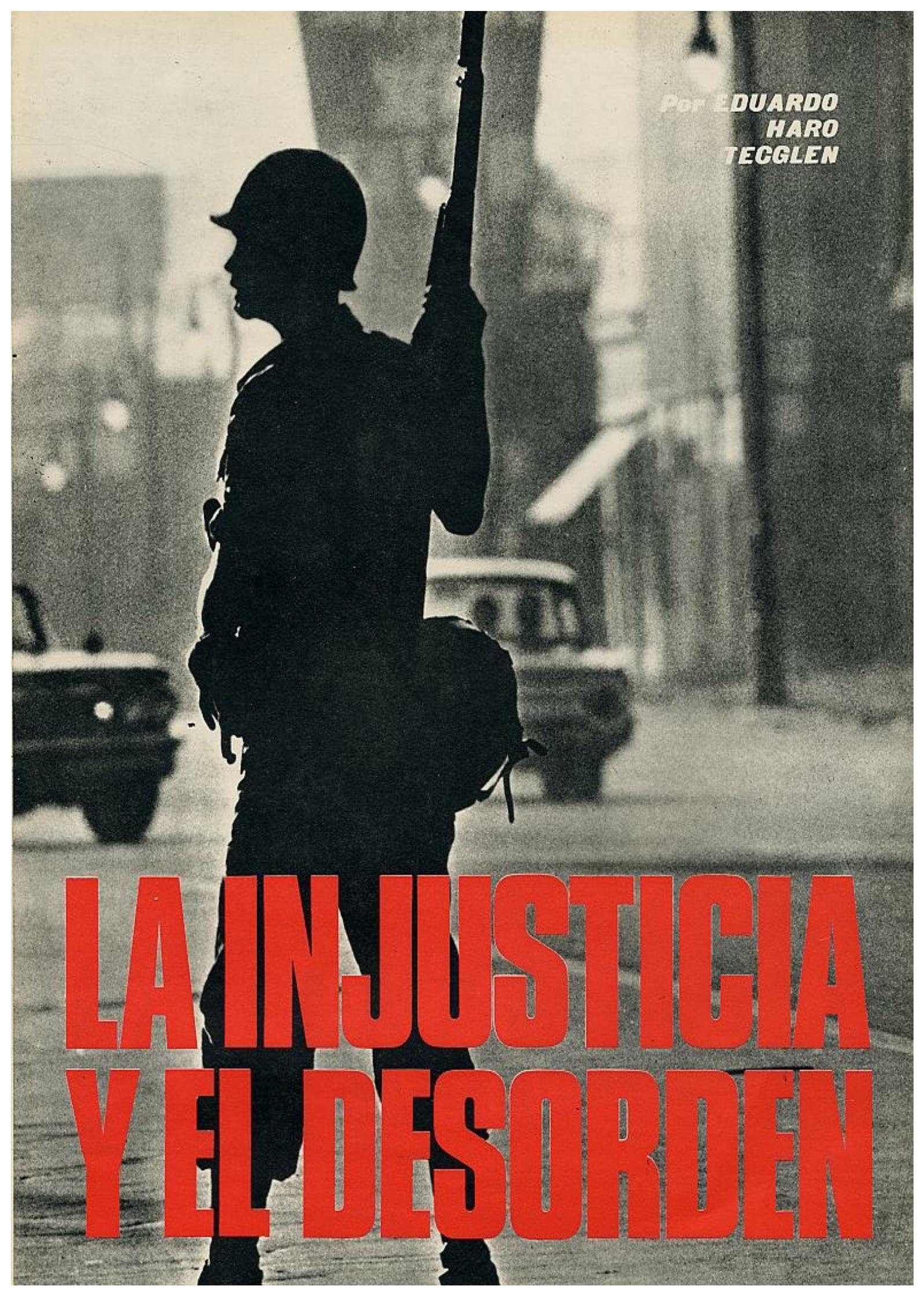


# en torno a la rebelion negra



**E**STAMOS otra vez ante una situación —la de las revueltas negras en Estados Unidos— que requiere definirse entre la injusticia y el desorden. Aunque el tema es tan viejo como la organización de las sociedades, probablemente fue Goethe el primero que lo presentó como dilema, y aún escogió personalmente una solución conservadora cuando dijo: «Prefiero la injusticia al desorden». Muchas personas, cuando se enfrentan con la contemplación de los desórdenes trágicos de estos días en Detroit, SIGUE



Por **EDUARDO  
HARO  
TEGLEN**

# LA INJUSTICIA Y EL DESORDEN



# LA INJUSTICIA Y EL DESORDEN

en Newark o en otras ciudades americanas, se apresuran a condenar a los causantes del desorden, entendiéndolo por causantes del desorden a los que directamente acuden a la violencia, al incendio, al saqueo, a la rebelión: esto es, a los negros. Me refiero a personas que se definen a sí mismas como partidarias del progreso de la gente de color, como antirracistas y como igualitarias; en las que no son así no es preciso buscar dilemas morales, puesto que su actitud cuadra con su conciencia. Para estas últimas, el hecho de que los negros actúen así, por brutalidad y rudeza, no representa más que una confirmación de lo que ya desde hace tiempo proclaman: esto es, que son diferentes. Este grupo mental es muy amplio en el mundo y reacciona siempre de la misma manera: los problemas del África negra o árabe, los de Asia y los de América Hispánica se resuelven siempre con un mismo dictamen simplista: son diferentes. La consecuencia de tal dictamen es que «hace falta mano dura», que son «países para el látigo». La posición es tan antigua como un refrán español de la época colonial americana: «No tuvo la culpa el indio, sino quien le hizo compadre». El simple vistazo a un manual de historia contemporánea nos enseñará que la violencia no tiene raza, color, ni lugar geográfico predilecto. Alemania fue un país tan blanco y tan occidental como para ser definidor de Europa; tan ordenado que, después de Goethe, produjo un régimen que debía traer «un orden nuevo», y ese régimen nazi se resolvió en asesinatos en masa, pillajes, incendios y destrucciones de magnitudes colosales. Y es que no se puede distinguir entre la injusticia y el desorden, por el simple hecho de que la injusticia es un desorden en sí. Solamente que es un desorden invisible. Hay que buscarlo —desde aquí— en las estadísticas. Cuando se sabe que el 48,4 por mil de los niños negros mueren antes de cumplir un año, mientras en los niños blancos la proporción es de 26,3; cuando se sabe que una niña americana, cuando nace, puede esperar vivir 74 años si es blanca, pero sólo 66 si es negra (datos de «Information Please Almanac», Nueva York 1964); cuando se sabe que el paro obrero es dos veces superior en los negros de lo que es en los blancos —en la juventud alcanza la catastrófica cifra del 25 por ciento de jóvenes parados entre los catorce y los diecinueve años— (datos del «Dictionnaire du monde actuel», Lausana 1965), se comprende que cuando el orden va acompañado de la injusticia es mucho más mortífero que un estallido de desorden, y que ese orden injusto es el auténtico y directo responsable de los desórdenes posteriores.

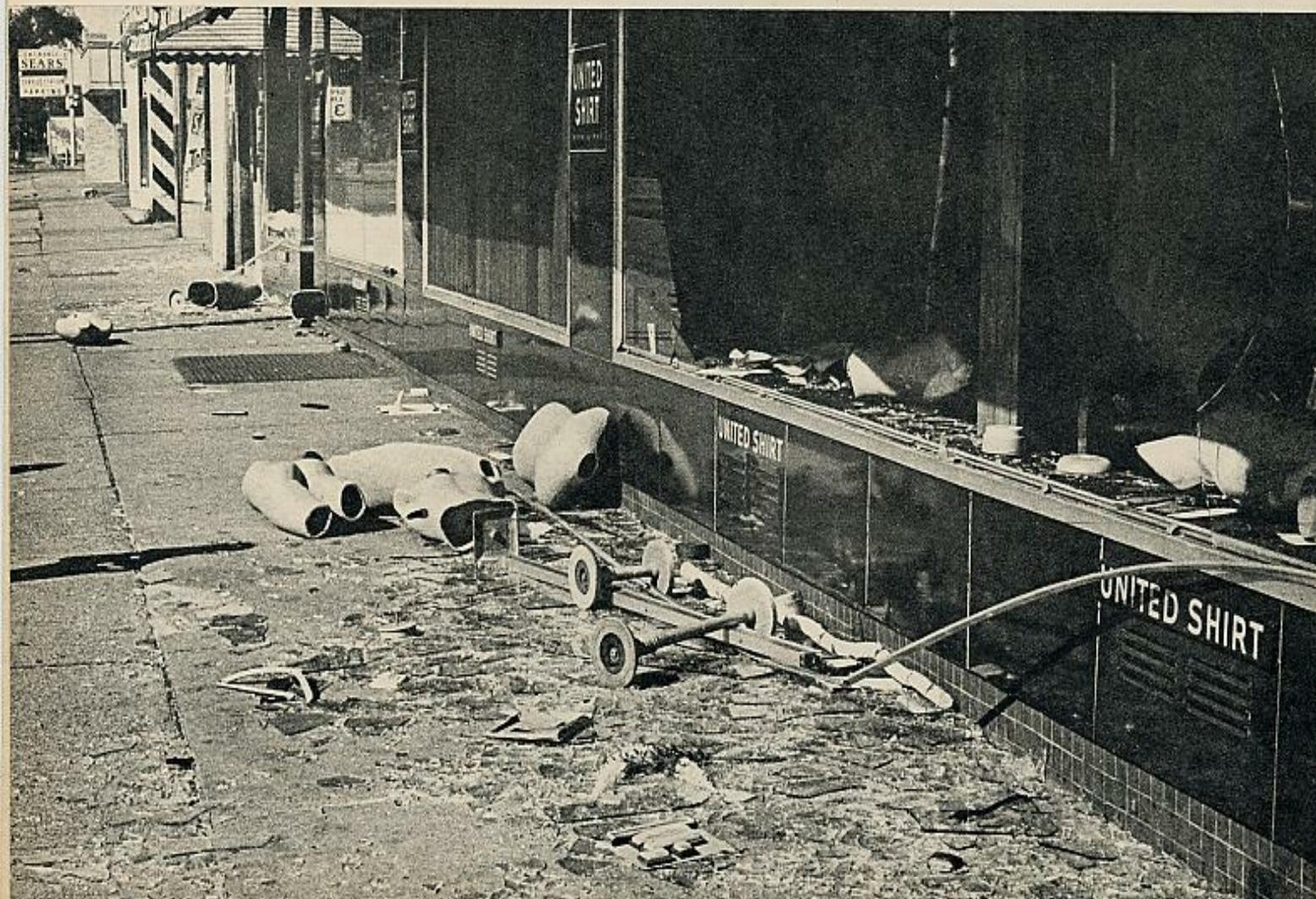
Algunos observadores del mundo actual creen que estamos en una «era de desorden». Un vistazo a cualquier periódico nos ilustra rápidamente sobre esta abundancia de desórdenes. El mundo árabe se desordena —ya lo estaba— más aún como consecuencia de una derrota que, además de militar, es psicológica. Hay una rebelión blanca en Rhodesia, que acaba de prolongar el estado de urgencia; una guerra civil en Nigeria, unas luchas tribales en el Congo. Hay encuentros sangrientos en Hong-Kong. Una guerra abierta en el Vietnam. La sociedad china, que hace unos años parecía un hormiguero, se desordena como consecuencia de la «revolución cultural». En los EE. UU., en la sociedad de la abun-

SIGUE



Los disturbios iniciados en Newark se han extendido a más de ochenta ciudades americanas, en las que, durante la semana última, ha imperado la violencia. Johnson ha declarado: «Ninguna sociedad puede tolerar la violencia generalizada, lo mismo que un organismo no puede tolerar una enfermedad total. América no está dispuesta a tolerar la violencia». Pero, con todo, la calma aún no ha sido completamente restablecida.





dancia que nos parece un ejemplo cumbre de sociedad de la era técnica y científica, no es sólo el desorden negro —que abarca a un diez por ciento de la población—, sino otros más: las huelgas en las industrias del cobre, del automóvil, del caucho, en las líneas férreas. Y la terrible guerra civil latente entre pacifistas y antipacifistas; y las anárquicas luchas por el poder de cada uno de los dos partidos tradicionales. Y esa profunda neurosis que es la maldición de quienes quieren ser demasiado ricos, demasiado poderosos, que abarca tanto las personas como las naciones, y que hace que cada acontecimiento pequeño produzca una sacudida de inquietud. Un escritor conservador como James Reston («Herald Tribune», 18 de julio) se inquieta así por la situación: «La independencia y las comunicaciones modernas han convencido a los pueblos de los nuevos estados del mundo de que el hambre, las enfermedades y la ignorancia no solamente no son inevitables sino también intolerables. De ahí nace la rebelión y la revolución. La culpa no es de una administración o de una sola generación. Pero esta convulsión en las ciudades y en los estados nuevos del mundo es, indiscutiblemente, la más grande amenaza contra la paz y el orden en el mundo de hoy».

La guerra con que se enfrentan los negros en los Estados Unidos es de una total crueldad. Las leyes de derechos civiles que lanzó Kennedy y que ha continuado Johnson con verdadero empeño, no se cumplen. No penetran en algunos estados, que no han reformado todavía sus leyes locales y, sobre todo, no penetran en la mentalidad blanca de los estados esclavistas. En el camino de la legalidad, han llegado al máximo de sus ventajas; pero la legalidad no tiene fuerza para implantarse. Por el contrario, ciertas evoluciones económicas y técnicas en la organización de los Estados Unidos se resuelven, por causas superiores a la voluntad de la administración pública, en contra de los negros. Por ejemplo, la velocidad en los cambios del desarrollo industrial y agrario, que requieren la participación en el trabajo de personal especializado con un nivel de formación técnica y cultural: los negros no tienen acceso a esos puestos abundantes y bien pagados, porque se les ha tenido alejados de las fuentes de educación. Por lo tanto, se abre más y más el vacío entre ellos y los trabajadores blancos. Es una reproducción, en su escala, del problema planteado entre el mundo en desarrollo y los países recién salidos de la colonización, y es uno de los problemas más graves del mundo porque la multiplicación geométrica del desarrollo abre cada vez más el foso de separación y, por lo tanto, la noción de la injusticia.

La comprobación diaria y directa de esta situación ha conducido al desprestigio creciente de los dirigentes negros moderados, del tipo del pastor Martin Luther King, y de todos aquellos que predicaban la no violencia. La palabra la tiene ahora Livingstone Wingate, y la ejerce desde su cuartel general de Harlem, con un programa que lanza la idea del derecho y el deber de los negros a la revolución, la creación de centros de adiestramiento paramilitar para jóvenes negros y el objetivo final de la creación de un país negro dentro de los Estados Unidos, como única solución al problema. Este extremismo es típico en todas las soluciones revolucionarias. Es el camino que va de Kerensky a Stalin, pasando por Lenin y Trotsky. Es, más próximamente en el tiempo, el que inició la revuelta argelina con el tranquilo farmacéutico Ferhat Abbás que pretendía exclusivamente la integración de Argelia en Francia con igualdad de derechos para todas las razas, continuó con Ben Bella y fue a parar a Bumedian. En otros países, un solo hombre ha asumido todos estos cambios de actitud, como

## LA INJUSTICIA Y EL DESORDEN



Detroit ha sido el principal foco de la rebelión negra, y el número de víctimas se ha elevado a cuarenta. Los tanques salieron a la calle, por lo que a todas horas circulaban patrullas de represión. Los daños materiales en el conjunto de las ciudades donde se han producido motines se evalúan en unos seiscientos millones de dólares. Los heridos se calculan en cinco mil. Ha sido nombrada una Comisión especial.

ha ocurrido en Cuba con Fidel Castro, que apareció en Sierra Maestra como un progresista católico y terminó proclamándose marxista leninista años más tarde. La tendencia de las revoluciones al radicalismo es una constante que sólo se detiene cuando los poderes contra los cuales van dirigidas aceptan las posiciones reformistas y las cumplen desde los primeros momentos. Los Estados Unidos no han vacilado en aceptar y asumir los principios de la rebeldía negra, incluso cuando esta rebeldía se manifestaba solamente con quejas y canciones «soul» —en la época de Lincoln—; pero la amplitud moral y la buena fe de los legisladores nunca se ha visto definitivamente reflejada en la práctica. Y, repito, esto se debe no solamente a la decidida oposición málévola y racista de los grupos blancos dominantes en los Estados del Sur, sino a la acumulación de hechos históricos de tipo económico que han ido dejando a los negros sin posibilidad de incorporación a la sociedad afluyente.

Un hecho episódico funesto ha contribuido a la agravación del caso. Me refiero a la guerra del Vietnam, cuyos fabulosos gastos han detenido el programa del Presidente Johnson y de su partido para la construcción de la «Gran Sociedad» que debía acabar con las injusticias sociales dentro del país. La «Gran Sociedad» no se refería concretamente a los negros, pero es indudable que hubiesen sido los primeros beneficiados del programa, puesto que son ellos los que ocupan los lugares ínfimos de la sociedad americana. Al decir que la guerra del Vietnam es un

hecho episódico quiero decir que lo es en función de esta actualidad negra de ahora, puesto que dentro del problema general del capitalismo, de la neurosis del poder absoluto, la intervención del cuerpo expedicionario de los Estados Unidos en el Vietnam es un hecho típico y debe estar incluido en los síntomas que hacen que la actual formación social de los Estados Unidos sea enfermiza.

Se ha explicado ya en estas páginas que el hecho de que los desórdenes raciales negros se produzcan siempre en verano no es, por casualidad ni porque, como quieren decir los aficionados a la truculencia y el tremendismo, sean las épocas elegidas por los agitadores, sino porque el verano es especialmente pesado en los ghettos negros de las grandes ciudades; es una época en que el paro obrero crece, los muchachos están sin escuela, las gentes se comunican sus pesares en las calles donde pasan la noche, huyendo del calor de las habitaciones miserables, y hasta falta el agua. El verano acaba de comenzar, y los disturbios iniciados ya son los más graves de la historia de la rebelión negra. Muchas personas se preguntan en los Estados Unidos si las medidas tomadas por el Presidente para restablecer el orden, si la represión de la guardia nacional y los paracaidistas del Ejército, bastarán para restablecer la situación o si, por el contrario, se ha iniciado ya una especie de guerra civil que podría conducir a una catástrofe nacional.

E. H. T.

(Fotografías: G. AMMA-PARIS, EUROPA PRESS)